

supera a la de la primera, ya que se trata de un fenómeno de madurez de cultura, de plenitud, de espíritu de acrisolamiento. Hay en ella un ansia de unidad y de universalidad que es, como sabemos, una de las características más genuinas del Imperio.

II

Hoy nos toca hablar de un hombre que simboliza este desecho de integración, de unidad, de universalidad: Fray Bernardino de Sahagún. Es este nombre, y este hombre, poco conocido de los que no sean eruditos, pero esto no rebaja un milímetro su altura, y halla explicación su casi anonimato popular en el hecho de que su campo de acción se limitó a la labor de recopilación del *corpus* más importante que existe acerca de las civilizaciones indígenas de Méjico. Pero hagamos primero rápida visión de su biografía, que luego tenemos tiempo de valorar su obra.

En el mundo se llamaba aquel rapaz leonés Bernardino de Ribera, apellido asturiano o gallego. Pero como había nacido en Sahagún, al entrar en la Orden de San Francisco, como es costumbre en ella, mantuvo su nombre, pero adoptó como apellido el lugar de origen. Era, sin duda, jovencísimo cuando llega a Méjico, en 1529 —aún no transcurridos diez años de la pacificación—, pues cuando muere, en la misma ciudad, en 1590, se dice que cuenta más de ochenta años. Había llegado en una expedición de veinte franciscanos, bajo la dirección de Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, uno de los famosos «doce frailes» o apóstoles de la Nueva España, de Méjico.

En los sesenta y un años que Fray Bernardino de Sahagún permaneció en Méjico, se dedicó por entero a dos grandes tareas: la evangelización y educación de los indios, y el estudio de su cultura, también con fines cristianizadores, ya que si quería conocer me-

por las tradiciones y costumbres de los indios, era con la finalidad de que el éxito de la predicación fuera ayudado por una sabiduría complementaria, que contribuyera a mejor comprender al catecúmeno.

El contacto con los indios, la necesidad de hacerse entender de ellos, la copia incansable de sus canciones y tradiciones, acabó por proporcionarle el más acabado conocimiento que extranjero alguno ha tenido —incluidos muy valiosos misioneros posteriores— de la lengua azteca o *nahuatl*. Era tanta su soltura en ella, que se dice, siendo tartamudo, o de difícil expresión, en castellano, poseía una rara fluidez en los sermones que en la lengua indígena predicaba a los indios, que acudían a millares a oír su voz.

III

Su obras fueron numerosas y su actividad incansable, pero de todas ellas destaca, con un brillo no igualado, por su carácter único, la titulada *Historia de las cosas de la Nueva España*, integrada en XII libros, que forman la más completa enciclopedia histórico-etnográfica que se pueda poseer sobre cualquier pueblo indígena.

Por las páginas de esta singularísima *historia* pasan todos los elementos que constituyeron la civilización azteca. Las creencias, los ritos, los calendarios, las costumbres, los nombres y atributos de los dioses, sus festividades y ceremonias, el modo de vivir y de pensar de los mejicanos, su historia, sus tradiciones, sus ideas acerca del origen del mundo... todo, en una palabra.

¿De qué medios se valió para conseguir tan sorprendentes resultados? Toda una vida —y la suya fué íntegramente dedicada a las actividades que he indicado— no hubiera bastado para conseguir lo que él logró. Porque su obra, y en ello radican sus mayores va-